

¿Dónde está el centro?

El señor Pulgar y don Meñique

Chaime Marcuello

Los personajes de la fábula nos hablan de las diferencias sociales. Pero las diferencias no tienen una sola interpretación.

Érase una vez una mano cualquiera. El *señor Pulgar* reprochaba a *don Meñique* que su tamaño no era adecuado para formar parte de la misma palma. ¡Semejante diferencia! Un ser de esas dimensiones no tiene derecho a estar ahí. Solo los fuertes, como él, o los altos como los demás dedos de la mano tienen cabida. ¡Las diferencias son las diferencias; cada uno ha de saber dónde está su sitio! Por eso, como eran tan evidentes, el dedo gordo no dudaba en tener permanentemente amedrentado al dedo más pequeñín. Además de creerse dueño y señor, era un abusón y altanero: sabía que su posición era la más importante. «Sin mí —decía— de poco sirve esta mano; sería inmediatamente declarada inválida e incapaz». Así, con esas ideas, castigaba al minúsculo meñique que no sabía cómo escurrirse. Hasta que un día, con el índice, corazón y anular vendados tras un accidente, *don Meñique* le respondió: «Pues Ud. solo, sin mi ayuda, tampoco sirve para mucho». A lo cual no hubo respuesta.

Cada quien concluirá su propia moraleja; aquí sirve para pensar el asunto de la desigualdad y sus *flecos* sociales. Desigualdad que entiendo de dos formas. La primera

como consecuencia del uso de las diferencias como mecanismo de poder, segmentado el bienestar en la sociedad. La segunda como causa intrínseca —y paradójica— de este sistema socioeconómico basado en el capitalismo tecnológico y globalizado del siglo XXI, que propicia procesos de interacción y distribución de la riqueza cotidiana desde la lógica de la competición por recursos limitados.

“ Las diferencias son singularidades que determinan posiciones en el mundo que enriquecen y dan sentido en sí mismas. ”

Si el señor Pulgar fanfarronea y hace gala de un carácter insultante tiene que ver con su propia psique inmadura; alimentada por una posición privilegiada, promovida por su pérdida de visión del conjunto, una falsa conciencia de independencia y su percepción de primacía sobre don Meñique al que ve distinto y a quien considera, obviamente, menor. Desde su mirada, solo los vencedores —*altus, citius, fortius*— cuentan. Por eso,

si eliminamos a los débiles, si nos amputan esa parte minúscula, no se pierde mucho.

“ Solo se nos habla del triunfo y de la importancia que tiene competir para llegar más lejos. La obsesión es crecer más y más rápido. ”

Recuérdese, las diferencias son las diferencias y, como alguno piensa, ¡por algo estarán! Pero si se dice desde una ausencia de perspectiva global, incapaz de percibir la totalidad, entonces no se sabe lo que se hace. En ese momento hemos de apelar al requisito de policromía o polifonía, según se prefiera. Del mismo modo que los colores del arcoíris permiten ver el mundo con matices —que van más allá del blanco, el negro y sus grises—, las diferencias son singularidades que determinan posiciones en el mundo que enriquecen y dan sentido en sí mismas. La diversidad de funciones y la diversidad de posiciones son condiciones que solo se pueden dar desde la diferencia y la singularidad, que no aspiran a la comparación



Óscar Baiges

permanente, sino que hacen de cada nota, de cada timbre, una posibilidad para construir música común.

Pero para que eso se perciba hemos de reconocer en el otro una oportunidad y también una necesidad. Si no es así, terminaremos despreciando y eliminando lo que nos sobra y molesta.

Por eso es un problema y una paradoja que la desigualdad de partida sea la causa de la mala distribución final, es decir, de la desigualdad en los resultados a la hora de vivir en el mundo con recursos escasos. Las estadísticas disponibles muestran que cada vez son menos los que más acumulan mediante mecanismos de competición en los que los ganadores se lo llevan todo. Lo cual se suele acompañar del mantra que sostiene que solo hay que preocuparse de la desigualdad en la salida, en las oportunidades. Se han de promover políticas públicas que vigilen y hagan cumplir la igualdad de condiciones, porque después el mérito, la capacidad y el esfuerzo pondrán el resto. Es decir, crearán las diferencias lógicas para que cada quien se encuentre en un punto u otro de la distribución de los resultados.

En este juego al que nos han enseñado a jugar —y nos empeñamos en seguir jugando— solo se nos habla del triunfo y de la importancia que tiene competir para llegar más lejos. La obsesión es crecer más y más rápido. La debilidad se esconde. La vulnerabilidad no cuenta... Y solo cuando tropezamos con ella descubrimos lo mismo que el señor Pulgar.

“ Los efectos sociales de la desigualdad nos están conduciendo a una situación política y moral peligrosa.

”

Sin embargo, como hemos aceptado el reparto desigual de las recompensas en marcos legales más o menos consensuados, cuando alguien gana la partida parece que no caben quejas. Es más, o bien aspiramos a ese golpe de suerte que permita aprovechar la diferencia para estar en la mejor posición posible, o bien nos engatusamos con el esfuerzo insuficiente como causante de la falta de éxito. La desigualdad en los resultados nos parece legítima y deseable. ¡Cómo si no!

Cada quien es responsable de su propio juego y de manejar la cartas —esa singularidad que la vida le ha traído— de la mejor manera posible. La condición necesaria es la libertad. Y entonces, cuando libertad e igualdad de oportunidades se despliegan, lo que pase será justo. Los resultados son harina de otro costal. La paradoja es que estas reglas de juego no producen resultados socialmente óptimos. Los efectos sociales de la desigualdad nos están conduciendo a una situación política y moral peligrosa. La acumulación de riqueza en pocas manos obliga a pensar qué relaciones de poder se producen. La asimetría en la distribución del bienestar no es fruto del azar. Se parece a aquella viñeta de Quino donde unos —pocos— jugaban y ganaban cuando les daba la gana —a muchos—. El problema, como siempre ha sido, es qué reglas establecer y cómo hacer para que en la partida cotidiana cada persona tenga lo que necesite y cada quien alcance lo que se merezca.

Quizá, como *don Meñique*, solo mostrando que estamos en la misma palma de la mano, condenados a encontrarnos, comenzaremos a buscar soluciones para vivir mejor... antes de la derrota. No hay nadie que se instale siempre en el podio.